

La Conjura de los Iguales

La viuda de Babeuf

París 24 de diciembre de 1817

He podido visitar, al fin, a mi hijo Emilio, arrestado en el *Mont-Saint- Michel*. Ya puedo descansar tranquila; tras la conversación que tuvimos sé que saldrá pronto, pese a que había desatado las iras de Luis XVIII por la publicación del único número que apareció del periódico satírico *Nain tricolore*.

Fue una locura que no pude impedir. No dejo de comprender las razones de un joven de la treintena que se había forjado con su padre y conmigo, en la lucha por la libertad de prensa y por el poder ciudadano.

Mi amado esposo fue ejecutado el 27 de mayo de 1797, sin haber cumplido los 37 años. ¿Por qué? Por la Conjura de los Iguales, que pretendía oponerse a la deriva del Directorio, que desembocó en el I Imperio. Toda una vida luchando por una sociedad justa, primero contra los

abusos de la nobleza, después contra los de la Revolución, y al fin, carne de cañón.

Éramos un equipo. Emilio y yo continuamos luchando tras la pérdida de nuestro ser más querido, para conservar la visibilización cen de su obra. Nunca he perdido mi confianza en la misma, pero Babeuf no hubiera querido enviarnos al martirio. Tenemos que preservarnos para defender la causa.

La restauración borbónica es un paso en falso, uno más. No doy larga vida a un régimen que nos ha sido impuesto por las potencias extranjeras. La cuestión es seguir nuestra lucha y prepararnos para el momento oportuno.

Emilio no entendía eso. Desenmascarar a un monarca que pretende conservar las esencias de la bandera tricolor, que tanto dolor y sangre nos ha costado, es un acto heroico, pero inútil, puesto que solamente salió el primer número del periódico y no creo que la visión del enano aplastado por el símbolo de la revolución haya llegado más allá de una audiencia que hemos conquistado durante años con tanto esfuerzo.

Mis razonamientos fueron inútiles. Mi hijo tiene sus propios criterios. Insisto, los comprendo.

Ha tenido, sin embargo, la sensatez de amoldarse a la condena. Las buenas referencias de sus guardianes calmarán las iras de un soberano que se siente insultado. Así me lo han hecho saber, tanto mi hijo como nuestros amigos que tienen influencias. Un buen augurio es el hecho que se me ha permitido la visita.

Ahora ya puedo ocuparme de escribir mi vida. No busco protagonismo, no. Era iletrada cuando conocí a Babeuf. Él me enseñó todo lo que sé y el amor no ha sido la única razón de que abrazara su causa; ésta era, asimismo, la mía.

María Ana Victoria Langlet

Castillo de Daméry

5 de octubre de 1781

Harto se me echaba el tiempo encima; eran las once y me faltaban cuatro habitaciones. Anita no parecía escuchar las cada vez más insistentes llamadas que hacía alguien a la puerta del servicio. Estaba de los nervios y opté por dejar mi tarea para atender la de mi comadre.

–Soy Francisco Babeuf. El señor de Bracquemont me espera...

Me quedé pasmada. El señor Babeuf tenía una mirada triste y profunda que se hizo con la mía. Lucía sus galas. No

era alguien que debiera entrar por la puerta del servicio. Me impidió agachar la cabeza.

–Acabo de conocer a Dulcinea del Toboso...

Su voz era enérgica y amable. Me acogía, como lo habían hecho antes sus ojos. Ignoraba quien fuera la tal Dulcinea del Toboso. Su entusiasmo me puso más roja que un tomate.

–Perdón. Me ha venido a la memoria don Quijote de la Mancha. Es un personaje de una novela española.

La aclaración no fue de gran ayuda entonces. No comprendía. Sentía que una pobre criada despertaba la admiración de un caballero. Entonces me fijé mejor en sus galas. Galas sí, pero de “quiero y no puedo”. Pocos dineros tenía este señor que había tomado por un caballero. Sí, hubo hechizo, a juzgar por lo embobados que nos quedamos. Me olvidé por completo de la tarea que me esperaba.

Así habríamos seguido si no hubiera aparecido Anita.

–El señor espera...

Dulcinea y don Quijote, ahora ya comprendo el hechizo, estuvieron a punto de desvanecerse, pero habló en mi voz Sancho Panza:

-No es justo que me cargues con tu trabajo ¿Cómo puedo ayudar a este señor?

Anita dio voz a Zeus:

–Este “señor” lleva un tiempo al servicio de esta casa. Hasta ahora se alojaba en los corrales–Hacía de sus palabras una banderilla de las que se clavan a los toros en el ruedo.

Babeuf apenas se inmutó. Mi Sancho Panza, al principio, se sintió ultrajado. Pese a que aún no conocía al tal don Quijote, estoy segura de que en aquel momento era la Dulcinea de Sancho. Después mi unión con don Quijote nos dio coraza y fuerza para el ataque. Babeuf en sus negociaciones con el patrón y a mí para terminar a tiempo las cuatro habitaciones que me quedaban.

Ambos tuvimos éxito. Siempre he creído que fue entonces cuando comenzamos a funcionar como uno, aunque tuve

que esperar unos meses para caer en los brazos del único amor de mi vida.

Estoy llorando como una tonta Siento la mirada triste y profunda de Babeuf que me regaña.

Don Quijote de la Mancha

Castillo de Daméry 5 de diciembre de 1781

La astuta Anita se había dado cuenta de todo. Sabía más que yo y también me ganaba en hacerse la tonta y sacar partido. Yo era la infeliz que cubría sus devaneos. Tuve que aprender a trabajar más rápido para bajar a abrir la puerta del servicio con cada vez mayor frecuencia.

No es que fuera tan boba. Estaba ansiosa por volver a encontrarme con Babeuf, aunque sabía que éste ya tenía su entrada por la de los señores.

–Llámame Ita.

Por eso recuerdo aquel cinco de diciembre. Anita dio el primer paso. No compartíamos cuarto y cuando me disponía a acostarme, me encontré con el trino de mi nueva compañera.

-Se ha dejado sus libros en el cuartucho que disponía en los corrales. Cuando tiene tiempo va...

- ¿Por qué lo sabes?

Por los ratos que no atiende la puerta y me doy gusto con Martín. Me cruzo, con cada vez menor frecuencia, con tu amado, y aprovecho su ausencia para fisgar en su refugio. Mi amante sabe leer y ahora te puedo contar una de las lecturas del caballero: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

- ¿Estuviste escuchando?

-Desde que te nombró su Dulcinea.

-¡Calla!

-Deja de hacerte la tonta. Todo el mundo sabe que estás enamorada.

Me puse roja como un tomate. Me pareció escuchar el estruendo de risas que provocaba mi enamoramiento ¿Lo estoy? ¿De qué me sirve hacerme la tonta? Tengo clavada esa mirada profunda y triste. Estoy segura que en aquel

momento fui su Dulcinea. ¿Por qué no me buscaba como yo lo hacía con él?

—El tal don Quijote era un señor empobrecido al que la relectura de los pocos libros que le quedaban le secó el cerebro. Se hizo caballero andante medieval en una modernidad que se negaba a admitir. La tal Dulcinea era una fregona como tú y además, zafia y fea, pero el caballero andante la imaginaba en su mundo como bella princesa.

Se relamía de gusto cuando comprobó que me había retirado el sostén del pedestal.

— ¡Quiero aprender a leer!

Me sorprendí al escuchar mi demencia.

—Audacia diría yo. Choca esa mano.

Las chocamos con la misma vehemencia del grito que se me había escapado.

—Ya lo he hablado con Martín. Podemos sacar una o dos horas por semana. Te enseñará en el propio templo del

nuevo asesor del señor. El ascenso deja muy poco tiempo libre a tu caballero andante.

– ¿Me enseñará Marín con ese libro?

–Pues claro, tontina. A cambio queremos tu paga. Deseamos casarnos cuanto antes...

_Vale.

Muy rápido lo había prometido; tal era mi necesidad de comprender el papel de Dulcinea que se me había atribuido.

A cambio, Ita, como me había pedido que la llamara, se mostró dispuesta a informarme sobre las andanzas palaciegas de mi caballero andante.

– ¿Qué está haciendo?

–Parece ser que el mozo sabe de derechos y obligaciones de los señores. A sus veintiún añitos recién cumplidos soluciona satisfactoriamente las inquietudes legales del señor.

Se paró en seco, consciente del daño que me hacía. Yo ya había sido sometida a la humillación de investir a Santa Catalina de sus galas, tarea encargada a las que habíamos dejado de ser consideradas casaderas. Se nos daba el honor de la virginidad y se nos condenaba al celibato, por ser demasiado viejas para el matrimonio.

Era consciente de que este ingrediente alimentaba las risas sobre mi enamoramiento. También tenía la certeza de estar dispuesta a todo y, pregunté en la actitud de una leona que siente sus cachorros amenazados.

– ¿Por qué no me has hablado antes de las relaciones entre Babeuf y Martín? ¿Continúan siendo amigos? ¿Han hablado de mí?

Disparaba preguntas como una loca mientras Ita se arreglaba las uñas y respondía con calma:

–A la última pregunta no, a la segunda sí y silencio a la primera.

– ¡Eres ingrata!

-En absoluto. No han hablado de ti por la misma razón que tú y yo no hemos hablado de ellos. Babeuf y tú sois muy “reservados”.

-Claro... y... ¿crees que si nosotras hablamos del tema, ellos también podrían hablar?

-Te he dicho que el hombre está muy ocupado. Apenas aparece por su “santuario” y ha dejado a mi amante al cuidado del mismo.

¿Por qué está tan ocupado?

-El señor le había contratado porque estaba enterado de su valía, primero le puso a prueba al cuidado de su rebaño de pavos, ahora le da la ocasión de mostrar que es su hombre.

- ¿Por qué aceptó el trato Babeuf?

-Le vino muy bien. Lo comprenderás cuando veas su biblioteca. También a Martín le vino bien; le enseñó a leer y a escribir y le contagió su amor por los libros.

– ¿Cobró Babeuf a Martín?

–No

¿Y?

– ¿Lo tomas o lo dejas?

-Lo tomo, pero cuéntame más

-¿De qué?

¿Dónde aprendió Babeuf?

-Primero con un padre que enseñaba a base de palos. A la muerte de éste tuvo que ganar el sustento de la familia. A sus diecisiete años fue descubierto por el señor de Bracquemond cuando éste visitaba a su notario. Babeuf era un simple subalterno. Algo debió ver el amo para traérselo.

–Para cuidar los pavos...-Me atrevía a insinuar.

–A las pruebas me remito. Respondió con el aplomo de una papisa.

Yo soñaba ya con mi Dulcinea del Toboso.

Martín

Castillo de Daméry 10 de enero de 1782

–¿Cómo lo haces?

El asombro de Martín me sonó a coros celestiales. Sí, me había esforzado en las tres semanas que llevábamos de clase. Lo hacía porque quería aprender, pero también por la urgencia que sentía en conocer a la Dulcinea labrada por don Quijote. Hay unas cuantas páginas hasta llegar a la dama desde “En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero”. Lo más duro fue esa maldita frase. Temí que se ridiculizaba a mi amado y saqué mis garras. Memorice cada letra del primer capítulo del “Quijote” y cada sonido que emitía Martín en la lectura del mismo. Esa fue mi primera clase.

Ya entonces Martín había expresado su admiración cuando, en la segunda clase mostré que sabía leer y escribir el capítulo. Me hizo repetir siete veces y estaba

obligado a admitir que no cometía un solo fallo y que tenía ya buena letra.

El empuje del asombro se esfumó cuando comprobó mi indefensión frente a los siguientes capítulos. Entonces empezó a ser mucho más fácil; teníamos que proceder de la misma manera hasta que fuera capaz de mostrar mis habilidades ante cualquier texto.

Acabábamos de llegar a ese resultado y aún no se había cumplido un mes desde la primera lección. Martín se asombró. Yo no lo hice. Lo presentía y mis defensas necesitaban hacerlo.

No podía explicarlo y, por otra parte, no creo que Martín estuviera, entonces, muy interesado en mis sentimientos.

Me sentía una tigresa que ve en peligro su camada y Martín me paró en seco.

–Olvida mi pregunta.

–¿Por qué razón? Es mi deseo responderla. Verás..., signos y sonidos se pueden memorizar por trozos. Mientras trabajo me los paseo.

–¿Ya está?

–Claro; no tengo tiempo libre y necesito hacer mis tareas mientras cumplo con mis trabajos.

–¿Por qué tanto empeño?

–¡Lo sabes!

–¡Así que ahora me quedo sin tu paga!

–¿Tú qué crees? Mi familia necesita mi paga. No podía dártela durante mucho tiempo. Pero si continuaré dándote mi parte.

–¿Por qué?

–Para poder venir a este “templo” y devorar libros.

–Recuerda lo que secó el cerebro de don Quijote.

–Eso ya es problema mío. Solamente te pido la llave para venir cuando pueda escaquearme.

Tengo que pedir permiso al dueño.

–Anita me ha dicho que sois amigos.

Lo somos.

–Harto encontrarás un momento para comentárselo–Me sentí fuerte y agucé la escucha– Supongo que le habrás informado de que me das las clases aquí.

–No ¿Por qué iba a hacerlo. Sabe que lo uso para encontrarme con Anita ¿Por qué habría de molestarse porque te diera clases?

Voy a lo mío.

–¿Cuándo se lo vas a decir?

–Después de todo, no hace falta. ¿Qué cambia el que vengas a leer en vez de a aprender a leer. El quiere que todos y todas aprendamos y leamos. Es un soñador como don Quijote.

Debes informarle que su Dulcinea pide permiso para leer sus libros.

–Le veo muy raramente. Está manteniendo una partida con su patrón.

–¿Qué?

–Se miden constantemente en sus jugadas de ajedrez.

¡Ay de mí! Ya los veía jugando a caballeros andantes y a mí como premio al caballero vencedor del torneo, que siempre sería Babeuf.

–Tienes que encontrar la forma de consultárselo. Si no lo haces no hay trato.

No sé aún de dónde sacaba las fuerzas. Si sé que convencí a Martín de que informase con urgencia a Babeuf de que su Dulcinea no era zafia y que deseaba leer sus libros.

Te dejo una semana pagada, si no tengo constancia de que el recado ha llegado a su destinatario en ese tiempo, dejaré de pagarte.

–Entonces no podrás venirte a leer.

–Ya sé cómo arreglármelas, no te preocupes.

Aquí no...

Hay otros sitios con libros. No olvides que limpio habitaciones.

El discurso preliminar al Catastro perpetuo

En una calle de Roye de cuyo nombre no quiero acordarme, 26 de junio de 1789

Los acontecimientos se precipitaron desde mi reencuentro con Babeuf, el veintiuno de abril de 1782: nos casamos el 13 de noviembre del mismo año y lo hubiéramos hecho antes si no hubiera sido por las ansias de terminar la partida con el señor de Bracquemond

Fueron tiempos muy duros. Carecía aún de formación sobre derecho feudal y me acusaba a mí misma por no poder participar en las jugadas de los caballeros. Babeuf captó, una vez más, mis habilidades y me puso tarea para calmar mis nervios: la lectura de su *Discurso preliminar al Catastro perpetuo*.

Todos los principios son duros. En este caso no tuve constancia de que lo fuera: todo venía mezclado desde que

volví a escuchar la voz amada, aquel veintiuno de abril de 1782.

¡Mi Dulcinea!

Estaba arrodillado ante la usurpadora de su templo. Mis manos dejaron el libro para acariciar su nuca. No necesitábamos hablar: nuestros cuerpos se expresaban por nosotros.

Fue después cuando me explicó que había utilizado a Anita y a Martín para conquistarme.

-¿Desde cuándo?

Pregunté como una pánfila.

Desde que tuviste que dejar tu tarea para abrirme la puerta del servicio.

Estábamos desnudos y unidos, insensibles al frío, satisfechos. No dejé que entrara mi malestar por caer en el engaño. Un beso de los suyos lo desarmó, su profunda, triste y acariciante voz lo argumentó.

Hacía un tiempo que te había descubierto. Sé que has leído el *Discurso del método para conducir bien la propia razón y buscar la verdad en la ciencia*. Recuerda que Descartes pone en duda nuestra visión del mundo. Olvida que cayó en las “verdades claras y distintas” que vendrían de “Dios”, como las de D Quijote venían de los libros de caballería.

vale ¿Y qué?

Me sentía atraído por ti. Necesitaba racionalizar la atracción.

¿Por qué?

Tenía miedo de equivocarme... Era virgen.

Sus caricias eran harto convincentes y no me apetecía callar mis peros.

También yo lo era, pero te pertenezco desde que te encontré cuando abría la puerta del servicio. ¿Seguiríamos vírgenes si yo no hubiera superado las pruebas que me imponías?

-Que tú misma te imponías...

Se produjo un largo y embarazoso silencio. Las suspicacias habían desplazado a las caricias. Tenía que hacer estallar la tormenta si quería recuperar las delicias que saboreábamos.

¿Te crees “Dios Padre” acaso?

-No. Dudo.

Volvieron las caricias.

-¿De qué?

De mí y de “Dios”. Mira, nos hemos amado sin estar casados. Mis dudas no tienen nada que ver con las doctrinas. Este es el amor que buscaba.

El beso me supo a incienso y a mirra. Volvimos a hacer el amor. Con esto queda clara nuestra vida amorosa. Parí cinco veces; la última vez tras la ejecución de mi amado esposo y cómplice.

Estoy convencida de que necesitaba un ritual iniciático. No quiero entrar en comparaciones entre el suyo y el mío. Nuestro amor requería cimientos lo suficientemente fuertes para construir el edificio que hemos levantado con nuestros hijos, especialmente el primogénito, que seguirá luchando contra “molinos de viento” Ha habido y hay mucho quijotismo en nuestra obra. La solidez de la misma pervivirá hasta que llegue su momento. Lo sé.

No nos separamos desde aquel veintiuno de abril y *El discurso preliminar al Catastro perpetuo* fue un excelente puntal.

Babeuf y su jefe de entonces jugaban al ajedrez. Se utilizaban mutuamente para lograr objetivos diferentes. El nuestro estaba en la obra que me tocaba leer y no quería estar marginada en el juego. Tenía que aprender a jugar y a ganar.

Así es, el amor de mi vida dependía de mi capacidad de ponerme a su altura y cada vez nos queríamos y comprendíamos más. Babeuf me explicaba lo que habían hecho en la mansión, respondía a mis dudas sobre su obra y hacíamos el amor. No había tiempo para hacerlo de otra manera.

El día de nuestra boda terminó este entuerto. Babeuf y yo nos trasladamos a esta casa de cuya dirección no quiero acordarme: allí murió nuestra primera hija, Catalina Sofía, y allí se vino al traste nuestro proyecto de negocio: asesoría fiscal. Al principio iba muy bien; teníamos como clientes al señor de Bracquemont y a una pequeña nobleza empobrecida, que nos vino por la influencia de nuestro antiguo patrón.

Babeuf y yo causamos nuestra ruina; nuestro catastro, yo ya lo había hecho mío, estaba en contra de la tendencia de nuestros clientes a hacerse con las tierras comunales y nuestros defendidos carecían de caudales para pagar los pequeños honorarios que necesitábamos para cubrir los gastos.

Marat

En una calle de Roye de cuyo nombre no quiero acordarme, 20 de junio de 1790

La Revolución separó nuestros cuerpos.

Yo tenía que ocuparme de nuestros hijos vivos: Emilio y Catalina Adelaida Sofía. Ambos me necesitaban, el primero no había cumplido aún los cuatro añitos y la pequeña tenía justo los nueve meses

Babeuf tenía que defender una obra que se nos iba a pique. No funcionó el *Catastro perpetuo*, pese a que, el 8 de julio de 1788, Luis XVI convocó los “estados generales” para el 5 de mayo de 1789. No me gusta el término. El soberano consideraba que sus súbditos estaban divididos en tres estados: nobleza, clero y tercer estado. Al último pertenecían los hombres que habían cumplido los 25 años y que estaban inscritos y reconocidos en el registro de los contribuyentes.

Los reyes franceses siempre han tenido pánico a este recurso. Solamente lo han aplicado cuando encontraban las arcas vacías y pagos urgentes. Queda el recuerdo de un

Étienne Marcel que estuvo a punto de destruir el absolutismo, en los “estados generales” de 1355, de 1356 y de 1357. En la primera convocatoria, Juan II estaba acorralado por la alta nobleza, representada por el rey de Navarra, Carlos el Malo, Borbón que aspiraba al trono francés porque consideraba que se había excluido. Injustamente, a su madre de la línea de sucesión al mismo. El rey de Inglaterra, Eduardo III, aducía argumentos y derechos similares. La última confrontación se encuadraba en las tristemente conocidas como “Guerras de los Cien Años. Ambos rebeldes eran súbditos del monarca francés.

Babeuf y yo pusimos empeño en analizar aquella situación. Etienne Marcel compartía intereses con el monarca. Los comerciantes de París sacaban buenos intereses de sus préstamos a una monarquía acorralada y beneficiaban de prebendas que les permitían aprovecharse de la crisis que sufría el sistema feudal desde que se produjo el aumento de la tala de bosques, en el siglo X.

En la mayoría de los casos se trataba de bienes comunales , aunque había también casos de señoriales. En el primer caso, los lugareños tenían derechos, algunos de ellos de supervivencia, como era el caso en la recogida de ramas muertas o en la utilización de los terrenos como pastos. Los perdían con la tala y otros ganaban con la venta de la

madera o de las parcelas que se abrían para la producción agrícola o ganadera.

El pueblo era vergonzosamente explotado, la aristocracia estaba arruinada y se sentía menospreciada por los avances de un absolutismo que les sangraba con sus guerras, los financieros disponían de fortunas alimentadas por esas mismas guerras y por la ruina de la nobleza

La burguesía parisiense ha sido la locomotora financiera que ha creado el trayecto de la historia de Francia y en 1355 se proponía ya dejarlo bien clarito. Las Guerras de los Cien años estaban nutriendo sus arcas y La bancarrota de un reino acosado por todas partes daba alas a Etienne Marcel.

Este no lo logró, pese a que la situación de la monarquía empeoraba, en ninguna de las tres convocatorias. Bueno, lo logró a medias, pero las intrigas de Juan II y del delfín, cuando su padre había caído prisionero de los ingleses, lograron interpretar a su manera lo que habían comprometido en las sesiones.

Todo terminó con *La grande peur*: París asediado por los ejércitos del rey de Inglaterra, de Carlos el Malo y por unos campesinos encolerizados que habían encontrado un

caudillo en un tal *Jacques*, de donde viene el nombre de la *Jacquérie*.

Todo terminó satisfactoriamente para la monarquía y para la burguesía de Paris, aunque Etienne Marcel fue ejecutado.

¡Ah París y la burguesía parisiense! Han esculpido la historia de Francia. No teníamos que permitir que continuara haciéndolo y desde luego lo hacía en 1789. Teníamos abierto un frente que exigía nuestro empeño.

Teníamos que estar en ese frente y yo tenía que cuidar de nuestros hijos.

Siempre me consideraré culpable de la muerte de nuestra primera hija, la pequeña lleva su nombre, como si fuera una reencarnación.

No habría muerto la primera si yo hubiera evitado la caída que la llevó a la tumba a sus cuatro añitos.

Ojo con el *mea culpa*

Repetía Babeuf.

Tanto fue culpa mía como tuya. No somos culpables de las dificultades que nos acechan. Solamente lo seríamos si tiráramos la toalla.

Mi marido estaba entrando en una crisis de fe. Yo ya la había pasado. No es fácil para lo “apóstoles” que somos. ¿Apóstoles de quién? De un dios que ignora a quienes nosotros defendemos. Nos quedamos sin verdades “claras y distintas”

Pasó cuando nuestra “prédica” era menospreciada y ambos creíamos firmemente que era el momento de aplicarla.

Me tocaba cuidar a nuestros cachorros y a Babeuf luchar por hacer oír la voz de las víctimas de las interpretaciones interesadas del catastro.

Había sido muy buena alumna y tenía muy claro que hay que empezar por eliminar las malas hierbas que hacen posible el expolio.

Sería un buen principio blindar las tierras comunales y organizar comunas.

Los dos lo teníamos claro. No así sus compañeros de redacción de las demandas que se enviaría de Roye a Versalles. Tampoco parecía convencer mucho nuestro proyecto en otros foros, a juzgar por las escasas reacciones que ha merecido la publicación de “El catastro”.

No podíamos resignarnos y Babeuf tuvo que dividirse entre París y Roye, en septiembre fue nombrado corresponsal del *Courrier de l'Europe*, editado en Londres para huir de la censura. Ya teníamos un altavoz de talla, puesto que era uno de los periódicos más leídos por los activistas.

Manteníamos fluida correspondencia y él venía cada vez que podía.

Cuidé de nuestra prole y mi obra llegaba al frente. Aunque nuestros cuerpos estuvieran separados, la complicidad nos unía. Nuestra lucha contra los impuestos indirectos,

hipocresía que quita el pan de la boca de los hambrientos, levantó las iras, incluso entre los revolucionarios. Babeuf fue arrestado por delitos de “incitación a la rebelión”, el 19 de mayo de 1790. ¡Fue liberado el 14 de julio del mismo año! Fue nuestro primer triunfo, dorado por la fecha, desde que nos casamos. Gracias a la intervención de Marat.

Marat II

En una calle de Roye de cuyo nombre no quiero acordarme, 20 de junio de 1790

Desde el arresto, mi prioridad era la de liberar a Babeuf. Solamente podría lograrlo en París.

Tenía que ir allí y como madre me debía a nuestros hijos. No conseguí conciliar el sueño hasta que no di con la forma de atender mis obligaciones de madre y de esposa cómplice.

Anita y Martín no eran tan avaros o taimados como yo pensaba que lo eran hasta que Babeuf me explicó el papel de los mismos en nuestro romance. De hecho me devolvieron los dineros que me habían sacado en mi “ritual iniciático” Fue su regalo de boda. Lo conservaba por un extraño presagio. Era mi aportación económica en el ritual. Sentía que no podía recuperar lo dado para ganar el amor que había logrado si quería que continuara el “hechizo”. No toqué ni una pizca de la suma, pese a nuestra crónica falta de liquidez. Tuve que estrujarme el cerebro, pero nuestros hijos nunca pagaron el presagio de una madre enamorada.

Anita y Martín se habían casado unos meses después de mi boda con Babeuf. Se instalaron también en el municipio de Roye, en una pequeña casa rural rodeada de un minúsculo terreno que pudieron alquilar. Con los ahorros de ambos tenían para sobrevivir, comprar una vaca, una cerda, una cabra, una docena de gallinas y un gayo, y para preparar la tierra para que produjera su pan y la alimentación de los animales. El proyecto había funcionado.

Vinieron a visitarme en la mañana del 23 de mayo. Anita tenía problemas con su embarazo y habían venido a la ciudad para visitar al médico.

Esa era la razón de la visita. Mi presagio lo veía de otra manera. Desde que me había enterado del arresto y de la acusación que pesaba sobre Babeuf me había dado la sensación de entrar en una eternidad. Solamente habían transcurrido dos días y no paraba de pensar cómo conciliar obligaciones que se obstinaban en contraponerse.

Mis visitantes vieron rápidamente el impacto de mi alma atormentada. No se atrevieron a preguntar hasta que yo opté por explicar la situación.

_ ¡Tienes que ir a París!

Era como si ambos se hubieran puesto de acuerdo para gritarme mi certeza.

¿Quién se ocupara de nuestros hijos?

¡Nosotros!

Me hicieron pensar en los coros del teatro griego que dan voz y fuerza al destino.

Pero... Anita tiene problemas con su embarazo...

Ya el coro se había apoderado de la escena y de la razón. Una hermana de Anita se había ido a vivir con ellos. Emilio y Catalina Adelaida Sofía estarían muy bien cuidados y alimentados. Yo podría ir con toda tranquilidad a atender el frente de París.

No sé si fue un milagro o la casualidad. Sé que me libré de caer en la locura.

Llegué a París con los dineros que me había devuelto Martín, el 26 de mayo. Encontré un alojamiento lo

suficientemente barato para poder quedarme el tiempo necesario para cumplir mi misión. El 27 de mañana ya estaba en el convento de los Jacobinos, sede del grupo más influyente en la Asamblea Constituyente: la Sociedad de los Amigos de la Constitución.

Pese a la toma de la Bastilla, el 14 de julio de 1789 y a que los *Estados Generales* se transformaron Asamblea Nacional y en Asamblea Constituyente, Luis XVI seguía siendo el rey y el que nombraba el gobierno. Estoy convencida de que nadie quería ir más allá de la monarquía constitucional por la que luchara Etienne Marcel.

Carecía de posibilidades de que me escucharan en el palacio de Versalles. Solamente podía ser escuchada por miembros de la Asamblea, especialmente por los que simpatizaran con las ideas que yo compartía con Babeuf.

La Sociedad de los Amigos de la Revolución acogía a los parlamentarios más influyentes. Era una curiosa mezcla que agrupaba diputados de la nobleza: el conde de Mirabau, el duque de Aiguillon, el conde de Sieyès, diputados del clero y progresistas como Robespierre.

Había puesto mis esperanzas en el último por su reputación como abogado defensor de “causas perdidas” y

porque se había mostrado receptivo a nuestro “Catastro”. Me había traído la amable carta que había dirigido a Babeuf con ocasión de la publicación.

Todos mis esfuerzos fueron inútiles. Era consciente de los desvelos de unos parlamentarios que tenían que moverse en la calle, en el hemiciclo, en la corte y en el grupo parlamentario tan diverso al que he aludido. Babeuf no tenía que seguir encerrado un minuto más.

De nuevo ocurrió esa casualidad que llega cuando estoy a punto de ahogarme. El Club de los Cordolieros se acababa de fundar el 27 de abril, reunía, en el comedor del antiguo convento franciscano cordelero de París, a los *sans-culottes* y recriminaban la proclamación de la República.

¿Por qué no se me había ocurrido antes? Otra vez el ritual iniciático. Había perdido la fe, pero mantenía la creencia de que las conquistas de nuestras metas requieren una preparación y tienen un coste.

Me comprometo a liberar a su esposo, señora. Usted ha logrado convencerme de que esa sea la prioridad de mi grupo.

Creí en mis entrañas el compromiso de Marat y no me equivocaba, el 29 de junio, nuestro defensor anunció:

Babeuf no solamente será libre. Será la estrella de la Fiesta de la Confederación, el próximo 14 de Julio. Ya puedes volver a cuidar de tus hijos, compañera.

Me fui. Sabía que había cumplido mi tarea y confieso que necesitaba ver a mis hijos, pero la realidad era la imperiosa necesidad de que Babeuf desconociera mi intervención para que uniéramos a Marat a nuestra causa.

No lo conseguí por mucho tiempo.

Aquellos maravillosos años

Alrededores de París, 2 de junio de 1793

Ya no tengo una casa de cuya dirección no quiera acordarme. La prole y la cómplice de Babeuf, aumentada por el nacimiento de Camilo, cambiábamos frecuentemente de domicilio desde principios de marzo. Hubiera querido hacerlo antes; desde que las cosas se pusieron mal para él y tuvo que emprender la huída.

Mis hijos y yo no pudimos presenciar la entrada de Babeuf por el arco del triunfo de la Revolución aquel 14 de julio de 1790. No era una simple conmemoración de la Toma de la Bastilla. Esta vez había una multitud que celebraba el primer aniversario del paso audaz de un pueblo que desmanteló la fortaleza en la que el régimen encerraba a sus enemigos, una provocación que el monarca vivió, entonces, en su palacio de Versalles. Ahora, el lugar de la conmemoración era el Campo de Marte y había un espectáculo: Luis XVI juraba, ante los miembros de la Constituyente, fidelidad a la Nación y a la Ley.

Seguía siendo rey, pero ya no lo hacía por poder divino, dios había sido reemplazado por la Nación y ésta se expresaba por las leyes que estaba creando la Constituyente ante la cual juraba el rey.

Marat había sabido sacar tajada de la libración de Babeuf; primero porque así afirmaba su propio poder.

No había parpadeado siquiera cuando me prometió la liberación y subida al pedestal de mi marido.

No me fue difícil confiar en la promesa de alguien que apenas acababa de librarse de la justicia: había sido arrestado el 8 de noviembre de 1789 y liberado el 8 de diciembre del mismo año. Hubo un intento de arresto en enero de 1790, pero esta vez el acusado se las arregló para huir a Londres donde permaneció exilado hasta que se calmaran las iras. Había regresado a París a punto de encontrarse conmigo.

También pesaban las razones de su persecución. Desde el principio de la Revolución Marat era un “grano molesto”. Estaba en la calle con su vozarrón y predicamento, publicaba escritos que denunciaban la extraña alianza de parte del clero y de la aristocracia con el “tercer estado”, la herida cerrada en falso en las constituciones de la

Asamblea Nacional y en la Constituyente, las nuevas justicia y gobierno. No respetaba siquiera a los que él llamaba “falsos héroes del pueblo: al primer ministro Necket, cuya expulsión había levantado iras y cuyo llamamiento por el “tirano” era considerado como un triunfo

y al primer alcalde de París, primero poder logrado por la Revolución...

Marat no se había metido en ninguno de los grupos de poder que existían entonces esperaba al nacimiento de los *sans culottes*, en cuya sede le había encontrado. Tenía el vozarrón que escuchaba la calle. Tenía un periódico influyente en la “opinión” y que causaba miedo a los poderosos: *L'Ami du peuple*, que continuó publicándose pese a la estancia de Marat en Londres.

El exilado no se privaba de nada. Desde su exilio enviaba panfletos incendiarios que impactaban en París.

No se sentía muy seguro a su regreso a París. Se escondió en las catacumbas hasta que sus contactos comprobaron que podía mostrarse tan insolentemente como lo había hecho.

¿Cómo no creer que era capaz de liberar a Babeuf y de hacer del mismo el trofeo que exhibió con tanta pompa el 14 de julio de 1780?

Nuestros cuerpos continuaron separados. Babeuf tenía que defender y aprovechar sus glorias para defender la cusa común. Yo no podía viajar por el difícil embarazo y parto de Camilo y después por los cuidados que necesitaba la criatura también castigada por las circunstancias.

No podía demorarse la salida del *Journal de la Confédération*. Poco pude aportar yo, debido a la distancia, mi situación y la premura en sacar a relucir nuestro planteamiento sobre el primer aniversario de la Toma de la Bastilla.

Solamente salió el primer número, pero nuestro mensaje llegó a la calle, a la Constituyente, a Versalles y a todas las cortes, incluida la de la Santa sede. El ahora Graco Babeuf.

Éramos conscientes del peligro que corríamos, cada uno de nosotros en nuestro rincón. Tal era nuestro entendimiento que no hacía falta consultar. La prioridad era la causa. Esta salió bien detallada:

Las denuncias contra: las manipulaciones de los poderosos para interpretar las ambigüedades del catastro a su favor, los impuestos indirectos y el sufragio censitario que se trataba de adoptar en la Constituyente estaban acompañadas, en esta ocasión con las dirigidas a una “justicia” que encerraba vivos, en sepulcros inmundos, a compañeros de armas, para evitar que estos difundieran sus ideas.

Para muestra, un botón, no permitieron que saliera el segundo número del diario. Habíamos conseguido en un día más enemigos que Marat en un año o bien, como yo hice saber a mí amado esposo: no teníamos el poder que había acumulado éste.

Habíamos perdido ya ambos la fe, pero creímos firmemente en la energía universal en la que participamos cuando abrimos puertas y ventanas a la misma.

La puerta de París estaba cerrándose mientras se abría la de nuestra tierra, Picardía. En la Revolución de Roye Babeuf era demasiado héroe; tras el esplendor parisiense los numerosos y poderosos enemigos tenían que tener mucho que temernos.

Al fin nuestros cuerpos y proyecto se unieron en aquella casa de Roye de cuya dirección no quiero acordarme. Sacamos, en octubre, *Le Correspondant picard* . No nos cerraron con la publicación del primer número; la justicia picarda era más lenta e ineficaz que la parisiense. Nos dejaron difundir planteamientos de la actualidad que molestaban tanto o más que en París, durante unos meses; demasiados, puesto que nos dio tiempo para contactar con obreros y campesinos, que era nuestro objetivo.

Así empezó nuestro trabajo en la “calle”. No es que antes no lo hubiéramos hecho: éramos “profetas”, ahora éramos compañeros y compañeras. Pocos al principio, varios centenares el 23 de marzo de 1791, cuando la villa de Roye encargó a Babeuf encontrar los bienes comunales.

La aceptación fue objeto de mucho debate en nuestra “comuna” Así nos identificábamos, porque lo éramos hasta la médula. Era claro que necesitábamos tener voz en los ámbitos de poder y sobre todo en nuestra divisa: un catastro que no permitiera las manipulaciones interesadas que estábamos sufriendo.

Todos éramos conscientes del peligro que corríamos al meter a Babeuf en la boca de un lobo ansioso por destruir reivindicaciones que afectaban a su bolsa.

No queríamos un mártir y para que no fuera así, la fuerza que había conquistado el nombramiento tenía que ser más fuerte que el impulso cada vez mayor a eliminarnos que despertaba le mensaje desde el púlpito de nuestro encumbramiento.

En el fondo todos éramos conscientes del peligro de las declaraciones que consensuábamos de nuestro comisario, pero como él mismo profetizó. “me darán una patada en la boca, pero la sangre nos dará fuerza y les salpicará”, sabíamos que era así y que teníamos que luchar con uñas y dientes para salvar una Revolución de la que se estaban aprovechándose otros.

Así entregamos a Babeuf y no nos sorprendió cuando éste, tras proclamar que la propiedad feudal es un robo y una mentira disfrazada de legalidad no fuera procesado sino promovido a mayores glorias en nuestro territorio picardo.

Le alejaban de nosotros y nosotros teníamos que acercarnos a él para mostrar nuestra fuerza. No lo habíamos conseguido el 21 de febrero de 1793, cuando

Babeuf tuvo que huir a París para salvarse del procesamiento por burdas mentiras que afectaban a su honestidad y a nuestra causa.

En esta ocasión no lograron separar nuestros cuerpos y nuestra prole tampoco fue un impedimento. Mi sufrimiento estaba colectivizado por la “comuna” y quedó claro que teníamos que extender ésta hasta París, todos los barrios de la capital tienen campo y campesinos cerca.

Costó un poco, pero, en unos meses estaban establecidas las redes que nos permitían a mis hijos y a mí acercarnos y colaborar con Babeuf. Estos años fueron los más felices de mi vida.

El Directorio

Alrededores de París, 24 de diciembre de 1795.

El 26 de octubre, la Revolución francesa pasó a manos del enemigo. La Toma de la Bastilla, las Asambleas Nacional y Constituyente, la Declaración de los Derechos Humanos, la abolición de la feudalidad, la expropiación de los bienes eclesiásticos y la proclamación de la I República habían sido, sin duda, pasos adelante. El Directorio era el retroceso, que como pude después comprobar, nos llevaría al I Imperio y a la más vergonzante restauración borbónica.

Yo lo veía venir desde la ejecución de Danton, el 5 de abril de 1794. No es que tuviera simpatías por éste, pero veía en su poder y en un aparatoso juicio contra un ministro de Justicia de la Revolución, la ejecución de Robespierre, que se produjo el 28 de junio del mismo año y la Convención termidoriana, que nos ha traído el Directorio.

Estaba muy bien acompañada y mis hijos y yo disfrutábamos de la mejor cena que habíamos disfrutado en nuestras vidas.

Cada uno de los reunidos había aportado el mejor manjar que podíamos permitirnos. No era una celebración religiosa, celebrábamos el solsticio invernal. Los que

tenemos relación con la naturaleza lo sentimos. No necesitamos la excusa que nos da la Iglesia. Es la noche más larga del año.

Me faltaban Draco y Emilio. ¡Ahora tenía que llamar Draco a Babeuf!, y, por primera vez en mi vida, no quería hacer lo que estaban haciendo: afanarse para sacar lo más rápidamente posible nuestro nuevo diario: *Le Tribun du Peuple*...

No es que no compartiera la causa, de hecho estaba gozando de resultados de la misma en aquella maravillosa comuna que habíamos creado.

Una imagen vale más que mil discursos

Repetía, sin descanso, a Babeuf, desde el 18 de julio de 1794, fecha en que logramos sacarle de la cárcel tras siete meses de lucha que nos dejó exhaustos.

No estamos preparados para resistir un nuevo zarpazo. El martirio solamente serviría en la mística. A nosotros nos debilitaría tu ejecución y tenemos que ser fuertes para sobrevivir a la tormenta.

Mis argumentos no valían con Draco, el “tribuno”.

Tenemos un frente abierto y no podemos desertar. Tienen que escuchar nuestras voces.

-Las escuchan en la calle. Ese es nuestro campo de batalla. Tu voz no sirve de nada en unas tribunas en las que atacamos a todo el mundo: a los monárquicos, a los clericales, a los Girondinos, a los Jacobinos y hasta incluso a Marat, cuya curiosa muerte se produjo el 13 de julio de 1793. Muchos ven tu panfleto contra él de malos ojos.

Nuestro panfleto...

No hacía falta que lo recordara, lo hace mi arrepentimiento y mi dolor. Fue mi primera infidelidad. Escuché más a la mujer enamorada que a la socia.

Me parecía un disparate atacar a un aliado que necesitábamos, pese a las discrepancias con muchos de los intereses del personaje. Estábamos rodeados de enemigos poderosos en la Convención.

Mi marido y mi hijo no me escuchaban, pese a que la implantación del Directorio no solamente nos hacía enemigos del nuevo régimen sino que exaltaba iras entre

los perdedores. No solamente entre los amigos de Marat, sino también de los de Robespierre.

Yo también había participado en la redacción de la obra de Graco: *Du système de dépopulation*, que logramos publicar en diciembre de 1794.

Ya estábamos en la Convención termidoriana y no parecía oportuno debilitar el recuerdo de la precedente, pero Emilio, Graco y yo considerábamos nuestro deber defender a nuestros campesinos que luchaban en una guerra, considerada contra revolucionaria, la Guerra de la Vendée, desde 1793.

Sí, era un ataque al “mártir” Robespierre. Acusábamos a éste de la creación de un Estado máquina que se imponía por el terror y por la eliminación de sus enemigos.

La Guerra de Vandée no había sido promovida por nobleza y clero sino por unos campesinos que habían sido abandonados por la Revolución, pese a sus repetidas insurrecciones desde 1789.

Pese a ello, sus peticiones, no llegaron a los “Estados Generales”, a las Asambleas.Nacionales o a la Convención. La última tenía un “asunto de Estado” de urgencia: la

defensa nacional. Francia estaba amenazada por todas sus fronteras. Tenía que formar un ejército que la defendiera.

La Convención lo logró con creces. En pocos meses nuestra Nación invadida se convirtió en invasora.

Nosotros pensábamos que, en efecto, necesitábamos un ejército, pero, para crearlo necesitábamos, primero construir la Nación y para ello, necesitábamos incluir a unos campesinos que hasta entonces habían sido marginados.

Robespierre no lo hizo, aplicó la fuerza de la Nación que se había adoptado por parlamentarios que no veían el descontento de la mayoría, los que nosotros defendemos.

Así, los campesinos de Vendée, ya curtidos en sus incesantes rebeliones, lo hicieron cuando la República quiso hacer de sus hombres soldados.

Robespierre ya había traicionado su posición contra la pena de muerte. Se había transformado en sumo sacerdote que designaba los amigos y los enemigos de la Revolución y que ordenaba la exterminación de los mismos.

Dejábamos muy claro que nuestra crítica no era a Robespierre sino que lo era a una deriva errónea que había tomado la Revolución. La alternativa no era Termidor sino la corrección de los errores que documentábamos tan bien como nos lo permitían los avances en nuestro *Catastro*.

No me arrepiento de mi participación en esta obra. Teníamos que difundirla antes de que fuera tarde. Estaba convencida que después teníamos que dejar de exponernos y concentrarnos en nuestra “comuna”.

No duré mucho en esa actitud. Draco y Emilio me convencieron rápidamente.

La Conjura de los Iguales

París y alrededores, 10 de enero de 1797

Como había intuido, no duró mucho mi distanciamiento de la causa común: en enero de 1796, Graco estuvo a punto de ser detenido. No fue así, gracias a que nuestra organización era mejor que la de nuestros perseguidores.

Yo era la única de la familia que podía darnos voz en público. Pagaba alto precio; desde entonces, nuestros cuerpos estaban condenados a la separación. Aunque tuvimos algunos encuentros exquisitos. Tras mi distanciamiento había vuelto a la causa con el ahínco de los neófitos.

Sabía, ya no solamente presentía como me ocurrió cuando la ejecución de Danton me evocó el fin de la República, que el destino de Babeuf era el martirio. Sabía, asimismo, que nuestra causa requería de un sacrificio que la mantuviera en la memoria colectiva hasta el momento de su germinación.

Me costó mucho llegar a esta conclusión: sobraban entonces escenas sangrientas ¿Qué podía aportar una más? Nosotros dimos voz a esa masacre y lo escribimos para que el desgarrador grito perdure hasta el momento en que sea más fuerte que el de los que cometen los

crímenes en nombre de la Nación o de las “verdades claras y distintas.

Babeuf y yo logramos encontrarnos unas cuantas veces, muy pocas, pero fueron los más profundos encuentros que tuvimos en nuestras vidas.

La Conjura de los Iguales era el “testamento” que teníamos que dejar escrito antes de que se produjera el sacrificio de nuestro héroe, mi compañero.

Habían cerrado el club del Panteón, donde Babeuf tenía “predicamento”. Se había producido una dispersión de los miembros, muchos de ellos condenados, como mi marido, a la clandestinidad.

No podíamos prescindir de un foro que agrupaba lo que quedaba de los sans culotte y de los que reclamábamos el regreso de la Constitución de 1793.

Ya no se dirigían a Babeuf las graves acusaciones que pesaban cuando se nos atribuía un papel en el asesinato de Marat o en la caída de Robespierre. Había unanimidad en la urgencia de restaurar un régimen que nos protegía

contra la deriva en la que estábamos, y que abría paso al abismo que presagiábamos muchos y muchas.

Las mujeres contábamos en el club gracias al empeño que puso Babeuf. Antes no éramos, siquiera, admitidas.

El logro de mi compañero me sirvió de gran ayuda, no solamente para que se me reconociera; me proporcionó mucho más: tejí una red femenina.

Nos organizábamos por células que reuníamos en lugares frecuentados por mujeres. Ya se sabe: iglesias, hospitales, cementerios, reuniones para coser, bordar, tricotar... Conseguí una gran lista de lugares en las que reuniones de mujeres no podían levantar sospecha.

Todo estaba controlado para evitar falsas representaciones y fugas de información.

Este fue mi trabajo más duro. No quería caer en la trampa en que, a mi forma de ver, cayó Robespierre. Tampoco podía correr el menor riesgo de poner en peligro la causa o la vida de los que se protegían en la clandestinidad.

Al mismo tiempo tenía que haber un contacto lo suficientemente fluido entre la última y con la misma para garantizar transparencia total.

Era difícil pero muy gratificante. Las mujeres teníamos mucho que decir, ¡lástima que no se hubiera permitido antes nuestra entrada en los clubs!

Carnot

Vendôme , 10 de febrero de 1797

Nos considerábamos tan fuertes que nadie dudaba de que lograríamos liberar a nuestros dirigentes y por supuesto, a Babeuf, detenidos el 10 de mayo de 1796.

Esta fecha no me inspiró presagios de caída en picado, como me ocurriera con las de las ejecuciones de Danton y de Robespierre. Veía la batalla que habíamos perdido y me dejaba inflamar por el principio del discurso que nuestros héroes escribían cuando la traición les llevó a la detención.

Conservo aún vivo en mi memoria el entusiasmo ante estas frases: « El pueblo avanza, se acabó la tiranía. Eres libre” Era así hasta que se produjo la traición en unas filas que estaban a punto de ganar la batalla a un Director que presumía de haber organizado los ejércitos que habían hecho conquistadora de una Nación invadida: Carnot.

Este individuo había hecho carrera con Robespierre Fue uno de los promotores del fin del reino de éste, con su apoyo a los decretos del 26 y 27 de julio de 1794 y logró apoyos para entrar con tan buen pie en el Directorio, que se hizo con la dirección.

La Conjura de los Iguales molestaba a un tirano que defendía, sin tapujos, la propiedad adquirida bajo el palio de la Nación.

Su ansias de destruirnos estaban muy alimentadas por la urgente necesidad de acallar unas voces que le señalaban como el autor de las masacres inhumanas que la “Nación” había cometido en la Vendée sublevada. Había un ensañamiento tal que siquiera se respetaba a niños o a viejos, en violación de la más elemental ética guerrera.

Poco podía esperarse de un estratega devorado por la pasión de la sangre.

Nosotros sí habíamos creado un ejército de nuestras propias cenizas. El hambre que padecía la Nación hacía el resto.

Carnot no podía vencernos. Lo había hecho con el apoyo de traidores. Nosotros renaceríamos nuevamente, y esta vez sabríamos depurarnos

Menospreciábamos a nuestro verdugo, aunque habíamos aprendido y crecido mucho.

El grito de la conjura de los iguales circulaba en París, en los barrios periféricos, en las provincias y en los campos. Uno de nuestros instrumentos más eficaces eran los mercados, eslabones que hacían que nuestra cadena se extendiera al territorio.

Teníamos también un ejército y sobre todo, las ansias de justicia y de terminar con la tiranía de un ser tan depravado. ¿Qué podía hacer Carnot contra nosotros?

Hoy ya temo que puede mucho; no paran los arrestos y las condenas y habían transcurrido ya 8 meses desde el arresto de Babeuf.

Carnot tenía miedo de que le pasara como a Robespierre con Danton si se celebraba el juicio en París.

Así decidió hacerlo en *Vendôme*. Aquí nos vinimos desde que nos enteramos de las intenciones del enemigo. Conocíamos más de él que él lo hacía de nosotros: en nuestras filas no había traidores, si los había en las suyas. Nos enteramos, desde que el Directorio decidió abrir el juicio aquí, el 20

No lograrían silenciarlo, disponíamos de dos semanas para reunirnos allí donde teníamos que estar. Vendôme no sería una balsa de aceite.

No quedábamos muchos, pero teníamos la fuerza de la razón de la mayoría desposeída de los Derechos proclamados.

Yo tenía en mis brazos al último fruto de nuestro amor: Cayo Graco, nacido el 28 de enero.

¡Qué fuerza teníamos! El juicio a los Iguales era tema de conversación en los mercados, en las iglesias, en los cementerios, en los hospitales, en las tabernas, en los campos, en los salones, en los clubs y ¿cómo no? Llegó a magistrados y autoridades.

Babeuf asumía su defensa y supo defender tan bien nuestra causa que el juicio duró tres meses y seis díasTiempo suficiente para que el mensaje se transformara en grito.

La agonía

Vendôme, 26 de mayo de 1797

Por muy preparada que creyera estar, sentí un desgarró cuando escuché la sentencia, a las cuatro treinta de la madrugada: Babeuf y Darthé eran condenados a muerte, el resto de los acusados fueron liberados o deportados.

Lo presentía, pero me había hecho ilusiones a lo largo del proceso. Ya lo creo que se escuchó nuestra voz. Además, vi miradas en el jurado que calmaban mis presagios. La larguísima deliberación que precedió a la sentencia me hizo concebir ilusiones. Las caras que vi en sus señorías cuando regresaron para pronunciar el veredicto rasgaron mis entrañas.

Ya sabía que tocaba el martirio. No necesitaba escucharlo.

Mi mirada en la búsqueda de la de los mártires se juntó con las de muchos: hombres, mujeres, niños y viejos, compañeros, magistrados o “agentes del orden”...

Se produjo un denso silencio que pesaba demasiado. Pese al agotamiento y a los sufrimientos, nadie habló o gesticuló.

No vi angustia o siquiera rencor en las miradas que escrutaba. Vi complicidad hasta que comenzaron a apagarse.

Pocos minutos después pudimos ver cómo se desvanecían sobre charcos de sangre.

Se habían adelantado a sus ejecutores. No nos dejaron acercar. Se los llevaron.

Todos seguimos esperando, sin movernos, sin romper el silencio sepulcral.

“Ya está me gritaba “la muerte por desangración es la menos dolorosa” “Carnot no se saldrá con la suya”.

Pronto se vinieron abajo mis ilusiones. Habían logrado detener la hemorragia que se habían provocado los condenados a la guillotina. Esta les esperaba para ejecutar la sentencia.

Supe por los rumores que Babeuf estaba malherido y que alargó su agonía hasta que rodó su cabeza.

